

## INDIFERENCIA IGNACIANA

Cuaresma 2021 – (DÍA 06)

### Meditaciones de San Alfonso María de Ligorio

*Material extra (optativo)*

Ofrecemos material extra, optativo, de San Alfonso María de Ligorio, tomado de uno de los dos libros que estamos escuchando en los audios.

†

### QUIEN AMA A JESUCRISTO DESPRENDE EL CORAZÓN DE TODO LO CREADO<sup>1</sup>

La caridad no busca lo suyo. Quien quiere amar a Jesucristo con todo corazón, debe vaciarlo de cuanto, no siendo Dios, nazca del amor propio. Esto significa no buscar lo suyo, olvidarse de sí para no buscar más que a Dios. Es lo que pide el Señor de cada uno de nosotros cuando nos dice: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón.

Para amar a Dios de todo corazón necesitanse dos cosas: la primera, vaciarlo de todo lo terreno, y la segunda, llenarlo de su santo amor. De donde resulta que aquél no entrega a Dios su corazón si lo tiene preso a las criaturas. San Felipe Neri decía que la parte del amor que damos a las criaturas se la arrebatamos a Dios. Pues bien, ¿cómo se purificar el corazón de las cosas de la tierra? Con la mortificación y con el desprendimiento de las cosas terrenas. Laméntanse ciertas almas de buscar y no encontrar a Dios; escuchen lo que les dice Santa Teresa: «Despegue el corazón de todas las cosas y busque y hallará a Dios.»

El engaño está en que quieren hacerse santos, pero a su modo; quieren amar a Jesucristo, pero siguiendo su natural inclinación, sin renunciar a sus diversiones, a la vanidad en el vestir, a los alimentos regalados; aman a Dios, pero, si no logran tal empleo, viven en perpetua turbación; si se les hiere en su reputación, se encienden, y si no sanan de la enfermedad, pierden la paciencia. Aman a Dios, pero no dejan el afecto de las riquezas, a los honores mundanos y a la futilidad de ser tenidos por nobles, por sabios o por mejores que los demás. Estos tales frecuentan la oración y la comunión; más, por cuanto llevan el corazón repleto de cosas terrenas, poco es el fruto que reportan. A éstos no les habla el Señor, porque da por perdidas sus palabras, como dijo precisamente Santa Teresa: «Yo hablaría a muchas almas, pero el mundo hace tanto ruido en sus orejas, que no pueden oír mi voz.» ¡Oh si se separasen un poco del mundo! Quien tenga el corazón pletórico de afectos terrenos será incapaz de oír la voz de Dios cuando le hable. ¡Infeliz quien esté asido a los bienes sensibles de esta vida, pues no será difícil que, cegado por ellos, deje de amar a Jesucristo, y por no perder

---

<sup>1</sup> ALFONSO MARÍA DE LIGORIO, *Prácticas de amor a Jesucristo*, Cap. 11.

los bienes pasajeros de esta vida, pierda por toda una eternidad a Dios, que es bien infinito!

Decía Santa Teresa: «Bien viene aquí que es perdido quien tras perdido anda.» Cuenta San Agustín que Tiberio César quería que Jesucristo fuese contado entre los dioses del Imperio, pero el Senado se negó a admitirlo, alegando que era un Dios soberbio, que quería dominar solo y ser adorado sin otra compañía. Cierto: Dios quiere estar solo y ser adorado y amado por nosotros, no ya por soberbia, sino porque se lo merece y por el amor que nos profesa. Como Él nos ama con infinito amor, quiere todo nuestro amor, y por ello está celoso cuando ve que otros participan de corazones que Él quiere por entero para sí. «Celoso es Jesús», decía San Jerónimo, por lo que no quiere que amemos otra cosa fuera de Él. Y si ve que alguna criatura tiene parte en un corazón, en cierto sentido le tiene envidia, como escribe el apóstol Santiago, porque no sufre tener rivales en el amor, sino que Él sólo quiere ser amado: O ¿pensáis que vanamente dice la Escritura: «Hasta con celos se aficiona el espíritu que en nosotros puso su morada?»

El Señor alaba a la esposa en el Cantar de los Cantares, llamándola: Huerto cerrado eres, hermana mía, esposa. La llama huerto cerrado, porque el alma, esposa fiel, tiene cerrado el corazón a todo amor terreno, para conservar solamente el de Jesús.

¿Es que no merece Jesús todo nuestro amor? ¡Ah, sí!; sobradamente lo merece, por su bondad y por el afecto que nos profesa. Bien comprendieron esto los santos, y por eso dijo de sí San Francisco de Sales: «Si conociese en mi alma una sola fibra que no fuese de Dios, la arrancarí al instante.»

Deseaba David tener alas sueltas como de paloma, es decir, estar despegado de todo afecto terreno, para volar y descansar en Dios: Yo digo: «Si tuviera alas cual, de paloma, volara y descansara». Muchas almas quisieran verse libres de los lazos que las tienen cautivas a la tierra, para volar hacia Dios, y de hecho volarían muy alto en la santidad si se desprendiesen completamente de las criaturas; más por cuanto conservan cualquier aficióncilla desordenada que no se esfuerzan por romper, andan siempre gimiendo y lamentándose, sin elevarse un palmo de tierra. «Cualquiera de estas imperfecciones – dice San Juan de la Cruz – en que tenga el alma asimiento y hábito es tanto daño para poder crecer e ir adelante en la virtud, que, si cayese cada día en otras muchas imperfecciones y pecados veniales sueltos, que no proceden de ordinaria costumbre de alguna mala propiedad ordinaria, no le impedirán tanto cuanto el tener el alma asimiento a alguna cosa. Porque, en tanto que le tuviere, excusado es que pueda ir el alma delante en perfección, aunque la imperfección sea muy mínima.

Porque eso me da que un ave esté asida a un hilo delgado que a un grueso; porque, aunque sea delgado, tan asida se estará a él como al grueso, en tanto que no le quebrare para volar. Verdad es que el delgado es más fácil de quebrar; pero, por fácil que sea, si no le quiebra, no volará. Y así es el alma que tiene asimiento en alguna cosa, que, por más virtud que tenga, no llegará a la libertad de la divina unión. Porque el apetito y asimiento del alma tienen la propiedad que dicen tiene la rémora con la

nao, que, con ser un pez muy pequeño, si acierta a pegarse a la nao, la tiene tan queda que no la deja llegar al puerto ni navegar. Y así es lástima ver algunas almas como unas ricas naos cargadas de riquezas, y obras y ejercicios espirituales, y virtudes, y mercedes que Dios las hace, y por no tener ánimo para acabar con algún gustillo, o asimiento, o afición – que todo es uno –, nunca van adelante ni llegan al puerto de la perfección, que no estaba más que dar un buen vuelo y acabar de quebrar aquel hilillo de asimiento o quitar aquella pegada rémora de apetito.»

Quien quiera que Dios sea todo suyo, ha de darse del todo a Dios. Mi amado es mío y suya yo, decía la esposa de los Cantares. Mi amado se entregó por completo a mí y yo me entregué a él. Jesucristo, por el amor que nos profesa, quiere todo nuestro amor, y, de no tenerlo todo, no se da por satisfecho. De ahí que Santa Teresa escribiese a una priora de sus monasterios: «Va muy fuera del espíritu de Descalzas ningún género de asimiento, aunque sea con superiora, ni medrarán en espíritu jamás. Libres quiere Dios a sus esposas, asidas a sólo Él... Por Él pido a vuestra reverencia que mire que cría almas para esposas del Crucificado; que las crucifique en que no tengan voluntad ni anden con niñerías. Mira que es principiar en nuevo reino, y que vuestra reverencia y las demás están más obligadas a ir como varones esforzados y no como mujercillas.» Santa María Magdalena de Pazzi quitó a una novicia suya cierto libro espiritual sólo porque la veía muy apegada a él. Muchas almas tienen oración mental, visitan al Santísimo Sacramento y frecuentan la comunión; más por cuanto tienen ocupado el corazón de algún afecto terreno, poco o nada adelantan en la perfección; y, siguiendo con tal vida, no sólo serán siempre miserables, sino que están en continuo riesgo de perderlo todo.

Es necesario, pues, pedir a Dios, con David, que purifique nuestro corazón con todo afecto terreno: Crea, Dios, para mí un corazón puro; de otro modo, jamás seremos suyos por completo. Bien nos lo dio a entender Jesucristo, diciéndonos que quien no renuncia a todo lo de este mundo no puede ser verdadero discípulo suyo. De aquí que los antiguos Padres del yermo, cuando iba algún joven a sumarse a su compañía, le preguntaban de este modo: «¿Traes el corazón vacío, para que lo pueda llenar el Espíritu Santo?» Lo mismo dijo Dios a Santa Gertrudis, que le rogaba le diese a entender qué era lo que de ella pedía: «No te pido más que un corazón vacío de las criaturas.» Es necesario, pues, decir a Dios con ánimo varonil y resuelto: Señor, os prefiero a todo, a la salud, a las riquezas, a las dignidades, a los honores, a las alabanzas, a la ciencia, a los consuelos, a las esperanzas, a los deseos y aun a las gracias y beneficios que de vos pudiera recibir. En suma, os prefiero a todo bien creado que no sea vos, Dios mío. Todos los dones con que me obsequiáis, de nada me bastan, si no sois vos mismo. A vos sólo quiero y nada más.

Un corazón vacío de aficiones terrenas pronto lo colmará Dios y lo llenará de amor divino, o como decía Santa Teresa de Jesús: «Comenzóme a crecer la afición de estar más tiempo con Él y a quitarme de los ojos las ocasiones, porque, quitadas, luego me volvía a amar Su Majestad.» Sí, porque el alma no puede vivir sin amar: o amará al Creador o a las criaturas; si no ama a éstas, amará ciertamente a aquél. Es preciso, pues, dejarlo todo para conquistarlo todo; «todo por todo», decía Kempis. Santa Teresa, mientras vivió aficionada, aunque con afición casta, a cierto pariente suyo, no

fue toda de Dios; más, desde el punto mismo en que con generoso corazón rompió con aquel apego, mereció oír de Cristo: «Ya eres mía y yo soy tuyo.»

Harto poco es un corazón para amar a un Dios tan amante y tan amable, que merece infinito amor, y ¿queremos dividir este amor entre el Creador y las criaturas? El Venerable P. Luis de la Puente se avergonzaba de decir a Dios: Os amo, Señor, más que a todas las riquezas, honores, amigos, parientes; porque se le hacía que equivalía a decir: Señor os amo más que al fango y podredumbre, más que a los gusanillos de la tierra.

Dice el profeta Jeremías que el Señor es todo bondad para quien le busca. Y se ha de entender del alma que busca tan sólo a Dios. ¡Feliz pérdida! ¡Feliz hallazgo! ¡Perder los bienes mundanales, que no con-tengan el corazón y huyen presto, a trueque de conquistar el sumo y eterno bien, que es Dios! Cuéntase de cierto devoto solitario que, al pasear cierto día por el desierto, acertó a encontrarse con un príncipe que se daba a la caza por el bosque; al verle el príncipe merodear por el desierto, preguntóle quién era y lo que hacía, a lo que el solitario respondió: «Y vos, señor, ¿qué buscáis en este desierto?» Díjole el príncipe: «Voy a caza de animales.» «Pues yo –retrucó el solitario– voy a caza de Dios.» Y, sin más, continuó su caminar y desapareció entre la arboleda.

Este debe ser en la vida presente nuestro único pensamiento, andar a caza de Dios, para amarlo, y de su voluntad, para cumplirla, despidiendo del corazón todo afecto terreno. Y cuando se nos ofrezca cualquier bien terreno precedero solicitando nuestro amor, hallémonos siempre dispuestos a responderle: «De todas las grandezas del mundo y de todas las vanidades del siglo tengo hecho total renuncia por amor de mi Señor Jesucristo.» Y ¿qué son todas las vanidades y grandezas mundanas, más que humo, lodo y vanidad, que con la muerte se desvanecen? ¡Dichoso quien pueda decir: «Amado Jesucristo, por vuestro amor lo he dejado todo; vos sois mi único amor y quien sólo me bastáis!»

Cuando el amor divino se enseñoera de un alma, por sí misma y como obligada, si bien con la ayuda de la divina gracia, se esfuerza por despojarse de todo lo terreno que pueda impedirle ser toda de Dios. «Cuando arde la casa –decía San Francisco de Sales –, se echan todos los muebles por las ventanas»; como si dijera que cuando una persona se da por completo a Dios, sin exhortaciones que valgan de confesores ni de predicadores, por sí misma procura despojarse de todo afecto terreno.

El P. Séñeri, el joven, decía que el amor divino es bien, así como un ladrón que con facilidad nos despoja de todo, para dejarnos en posesión de sólo Dios. Habiendo un hombre opulento renunciado a toda su hacienda y héchese pobre por amor a Jesucristo, le preguntó un amigo cómo es que se había abrazado con tanta pobreza, y él, sacando el libro de los Evangelios, le repuso: «Esto es lo que me ha despojado de todo.»

En efecto, cuando el alma ha puesto su amor por entero en Dios, todo lo desprecia: riquezas, placeres, dignidades, señoríos, imperios; no quiere más que a

Dios y se complace en repetir a cada instante: Dios mío, sólo vos y nada más. Escribe San Francisco de Sales: «El puro amor de Dios consume todo lo que no es Dios, para convertirlo todo en sí mismo; porque entonces todo cuanto se hace por amor de Dios es amor.»

Decía la esposa de los Cantares: Me condujo a la casa del vino, enarbolando sobre mí el pendón del amor. Esta casa del vino es, según sentir de Santa Teresa, el amor divino, que, al apoderarse del corazón, lo embriaga de tal modo, que le hace olvidar todo lo creado. El embriagado está como muerto y sin sentido, no ve, no oye, no habla; así le acontece al alma embriagada en el amor de Dios: ha como perdido el gusto de las cosas terrenas y no quiere pensar más que en Dios, ni hablar más que de Dios, ni oír más que conversaciones de amor y complacencia de Dios. Manda el Señor en el Cantar de los Cantares que no despierten a la amada del sueño: No despertéis ni turbéis a la amada. De este feliz sueño disfrutaban las almas esposas de Jesucristo, dice San Basilio, y que no es otro que el olvido cabal y perfecto de todo lo creado, para tender sólo a Dios y poder decir con San Francisco: «¡Dios mío y mi todo!» ¿Para qué, Dios mío, riquezas, qué dignidades y bienes de este mundo? Vos sois todo mi bien, mi herencia y mi tesoro. Comentaba Tomás de Kempis: ¡Dios mío y mi todo! ¡Suave palabra ésta! Basta con ella a quien la entiende, y quien ama tiene por regalado repetir: «¡Dios mío y mi todo!»

Para llegar, pues, a la perfecta unión con Dios es necesario un total desprendimiento de las criaturas, y, para descender a cosas particulares, lo primero que debemos hacer es despojarnos del afecto desordenado a los parientes.

Dice Jesucristo: Si uno viene a mí y no aborrece a su padre y a su madre, a su mujer y a sus hijos, a sus hermanos y hermanas y hasta su propia vida, no puede ser mi discípulo. Y ¿por qué este odio a los parientes? Porque a menudo los mayores enemigos de nuestro aprovechamiento espiritual son nuestros parientes: Y los enemigos del hombre serán los de su casa. Decía San Carlos Borromeo que cada vez que volvía de casa de sus parientes, siempre era con el espíritu más resfriado. Y cuando al P. Antonio de Mendoza le preguntaron por qué no quería siquiera reposar en casa de sus parientes, respondió: «Porque la experiencia me enseña que no hay lugar donde más pierda la virtud y devoción del religioso que en casa de sus parientes.»

Si se trata de la elección de estado, es cierto, como enseña Santo Tomás, que no estamos obligados a obedecer a los parientes. Si un joven se siente llamado a la vida religiosa y se oponen los padres, está obligado a obedecer a Dios y no ya a los parientes, quienes por intereses y fines particulares se oponen al bien espiritual de los hijos. «Frecuentemente los amigos carnales –dice Santo Tomás– se oponen al adelantamiento espiritual.» Y antes prefieren que los hijos se condenen, escribe San Bernardo, que dejen la casa.

Es cosa que espanta ver a ciertos padres y madres que, no obstante ser temerosos de Dios, alucinados por la pasión, se fatigan e inventan mil trazas para impedir la vocación del hijo que quiere ser religioso. Esta manera de obrar, fuera de algún caso

rarísimo, no puede excusarse de pecado mortal. Quizás diga alguien: Pero ¿es que no puede salvarse ese joven si no entra religioso? Pero ¿es que todos los que quedan en el mundo se condenan? Respondo: Quienes no están llamados por Dios al estado religioso, se salvarán en el mundo cumpliendo con las obligaciones de su estado; pero quienes se sienten llamados y no obedecen a Dios, sí pueden salvarse, pero se salvarán difícilmente, puesto que les faltarán los auxilios especiales que Dios les tenía preparados en la religión, sin los cuales no llegarán a salvarse. Escribe el teólogo Habert que el que desobedece a la divina vocación queda en la Iglesia como un miembro fuera de su lugar y con mucha dificultad podrá desempeñar su oficio y, por consiguiente, alcanzar la salvación. Por lo que luego concluye: «Aun cuando, absolutamente hablando, este tal se pudiera salvar, sin embargo, difícilmente entrará en la senda de la salvación y escogerá los medios a ella conducentes.»

El P. Granada llamaba a la elección de estado la rueda maestra de la vida. Cuando se gasta la rueda maestra del reloj, queda éste desconcertado, y así queda desconcertada toda la vida, errada la vocación, respecto a la salvación eterna. ¡Cuántos desgraciados jóvenes perdieron la vocación por causa de sus padres y acabaron con mal fin, después de haber arruinado a la familia! Cierta joven perdió la vocación religiosa por instigación de su padre; tuvo luego con él no pocas pendencias, terminó asesinándolo y murió ajusticiado.

Un seminarista fue también llamado al estado religioso; descuidó el llamamiento divino, abandonó la vida fervorosa que vivía, dejó la oración y la comunión, y de ahí cayó en los vicios, y, finalmente, cierta noche que salía de casa de una mujer perdida, asesinóle un rival suyo; acudieron al punto varios sacerdotes, pero lo hallaron ya muerto. Y ¡cuántos ejemplos semejantes pudiera aducir aquí!

Mas volvamos a nuestro propósito. El angélico Santo Tomás exhorta a los que se sienten llamados a vivir vida más perfecta que no pidan parecer a sus parientes, ya que en tal materia se convierten en sus enemigos. Y si para seguir la vocación a estado más perfecto no están obligados los hijos a pedir el consejo de los padres, menos lo están a pedir su consentimiento o alcanzar su licencia, mayormente cuando hay fundadas sospechas de que injustamente les negarán la demanda, impidiendo así la vocación. Santo Tomás de Aquino, San Pedro de Alcántara, San Francisco Javier, San Luis Beltrán y muchos más entraron en religión sin avisarlo siquiera a sus padres.

Advirtamos aquí que, así como se exponen a gran riesgo de condenarse los que, por complacer a sus parientes, desoyen el llamamiento de Dios, lo corren igualmente quienes, por no disgustarlos, abrazan sin vocación divina el estado eclesiástico.